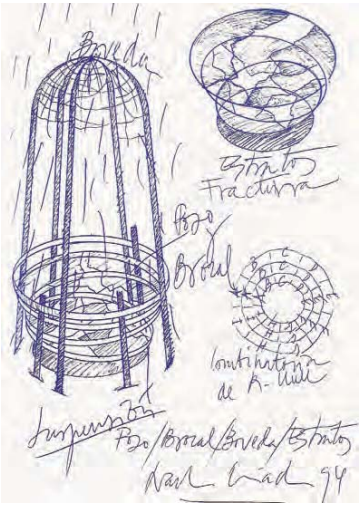
NACHO CRIADO

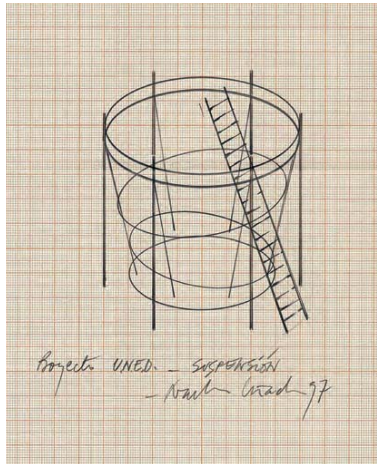
POZO CON BROCAL (1998)

FACULTAD DE DERECHO Y DE POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA

Desde su juventud Nacho Criado (1943-2010) sintonizó con los “nuevos comportamientos artísticos”, como el Minimal Art y el land art , el arte de acción y el “body art”, pero, igualmente, se adentró en el campo expandido de la escultura y las intervenciones en los lugares específicos. Aun cuando a sus compañeros errantes no les sea posible acudir a la cita, ya que “Ellos no pueden venir esta noche”, en los sucesivos homenajes que rindió a Malevich y Mondrian, B. Taut y Brancusi, Rothko y P. Manzoni, Fluxus y Zaj y, sobre todos, Beuys y Duchamp, evocaba metafóricamente una memoria que se trasmutaba en conocimiento, experiencia, visión del mundo y encuentros fructíferos con los tenues filamentos de ese imaginario que a no tardar sedimentaba en presencias inéditas, en sus propias obras.

Por un proceder o por otro, Nacho Criado sintió siempre la necesidad irrefrenable de plasmar las ideas artísticas que le brotaban a borbotones. Quienes durante años gozamos tanto de su arte como de su amistad sabíamos que Nacho Criado, además de un incansable fabulador de situaciones y acontecimientos artísticos, era un narrador ágil, presto a describirnos con pelos y señales unos proyectos que parecían salvar las distancias entre los soñado y lo dicho o entre lo dicho y lo hecho. En





cualquier conversación informal podía deslumbrarnos con los destellos de lo que todavía no había realizado y no sabía si alguna vez realizaría. Esto fue lo que experimentamos el arquitecto conservador de nuestra Universidad, Antonio Rubio, el profesor Víctor Nieto y yo mismo cuando le encargamos esta singular obra para los exteriores de las Facultades de Derecho y de Políticas y Sociología. En algún momento nos embargaba incluso la sensación de que, como presagiaba una de sus obras, “Entre la partida y la llegada la única aventura posible es el naufragio”.

Brillante metáfora que se aplicaría a todos su empeños, trasluciendo la insatisfacción que le desasosegaba como creador al otear la infinitud de las ideas artísticas y la finitud de sus plasmaciones. La puesta en obra de cualquier proyecto se convertía así en una operación de fugas imprevisibles que burlaban cualquier reclusión. Incluso cuando, desde una concepción “conceptual” consustancial a su quehacer, el artista sugería que la idea y su puesta en escena o al menos en acción eran el núcleo de lo que debiera ser valorado como obra, abogaba, no sé si percatándose de ello, por una transmutación de las obras en texto, pues inscribía cada una de ellas en una red de interconexiones plurales, consigo mismas en sus variaciones y con las restantes.

Una red que traspasaba los umbrales del ámbito acotado a una obra singular en beneficio de una experiencia artística ligada a la producción, siguiendo tal vez los dictados de esa estrategia a veces invocada por él, de la “memoria en bucle”. Las obras de Nacho Criado no se consumaban únicamente en la materialidad que adoptaba una pieza concreta, sino

que se prolongaban en las versiones de los proyectos inacabados o incluso no realizados, insertándose en una cadena de temas recurrentes sometidos a las variaciones y, sobre todo, a tiempos dilatados en su realización, como si los dejara reposar en calma para después retomarlos de un manera más pausada.

Esta táctica es la que se manifiesta precisamente en el "Pozo con Brocal", la intervención de arte público que realizó para nuestra Universidad. La idea se relaciona con "Suspensión+B.T. desértico", una instalación mostrada en la Galería A+A de Madrid en 1994, en la que dialogaban por sugerencia del arquitecto Boris Prodecca un pozo de una trama compleja y un camello transformado en una estructura arquitectónica de hierro y cristal. Ambos evocaban las trasparencias y las metáforas de las piezas más conocidas de agua y cristal (1991, Palacio de Cristal, Madrid). De paso recordaré que para Nacho Criado el pozo recogía memorias de un pensamiento poético y metafórico que tanto se inspiraba en San Juan de la Cruz como en Samuel Beckett y en sus piezas remitía, como comentara F. Castro Flórez, "a una arqueología del cristal como agua petrificada, memoria vuelta solidez y transparencia, reflejos que se multiplican".

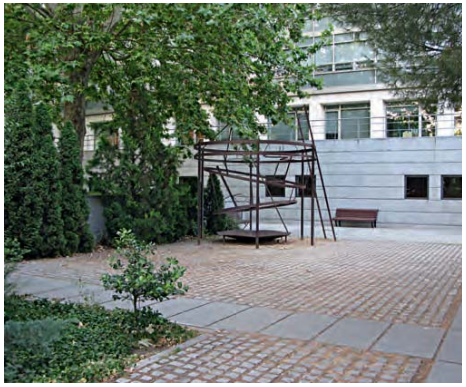
Únicamente que en la pieza que nos ocupa la metáfora del pozo ciego ha sido trasladada a un recinto universitario que despierta asociaciones y metáforas bien distintas a las que desencadena un pozo situado en las arenas movedizas de un desierto y la mirada sedienta de un camello. La pieza, en efecto, ha sido colocada por el artista en el jardín exterior como si retomara una nueva interpretación metafórica de aquellos pozos con brocal que solían hallarse en ciertos recintos universitarios y, preferentemente, conventuales.

Integrada en el acogedor y refrescante jardín de nueva creación entre los volúmenes de la arquitectura y la apertura hacia la calle, la adecuación al entorno físico se produce tanto por la analogía y la simbiosis con el crecimiento orgánico de las plantas y la vegetación como a través del contraste de la estructura esquelética y la disonancia desmaterializada respecto a la contundencia de los volúmenes y la limpieza de los cerramientos pétreos pulimentados o acristalados y transparentes de los paramentos del edificio más próximo que actúa como telón de fondo.

La colocación de la pieza en un espacio público expuesto a la inclemencia del tiempo, el vandalismo o el abandono humano, en particular cuando constatamos que está abierto a la calle, nos explica por qué Nacho Criado optó por una estructura metálica, renunciando al uso habitual del vidrio que, como se aprecia en “Suspensión” y en ciertos dibujos, tantas propiedades fascinantes para su elaboración artística exhibe a través de los estratos, las fracturas y las transparencias.

Al recurrir ascéticamente a la estructura metálica, no pretendía sino que los materiales utilizados resistiesen el paso del tiempo así como satisfacer las exigencias del mantenimiento. Incluso, aprovechó brillantemente las propiedades físicas de esta materialidad para explorar las virtualidades estéticas que produce la inevitable oxidación, que en estas condiciones actúa como un agente colaborador del artísta. Gracias a ello la pieza usufructúa cualidades estéticas que sintonizan con ciertas sensibilidades contemporáneas en el mundo de las artes, como el renacer de la poética de la ruina, que en este caso es más bien una metáfora que usufructúa una transfiguración de las propiedades físicas de los perfiles en valencias estéticas a la manera del “arte povera”.

En cambio, la articulación formal como una estructura metálica liviana parece sintonizar con la poética de la levedad, sobre la que tan lúcidamente reflexionara Italo Calvino, y que Nacho Criado venía explorando en otras piezas anteriores en virtud de su predilección por el agua y el



cristal como materiales de la creación. En esta ocasión, además, lo liviano se integra en la flexibilidad de la vegetación y la masa arbórea en sus fases de crecimiento.

En la estela de metáforas tan caras a este artista, sugeriría a modo de cierre que esta pieza, felizmente realizada, bien podría ser interpretada como “Lo que queda tras las ruinas”; como una condensación apurada de ciertas ideas artísticas que alumbran nuevas obras en tiempos dilatados y espacios suspendidos. Aunque en ocasiones Nacho Criado diera la impresión de bascular, como rezaba otro de sus paradójicos e irónicos títulos, “Conmigo mismo, casi contra mí mismo” y aun cuando lamentablemente nos ha dejado para siempre, por fortuna para nuestra Universidad y para el mundo del arte “No es la voz que clama en el desierto”. Así lo ha reconocido también, brindándole un merecido homenaje póstumo, la gran retrospectiva que este mismo año le ha dedicado el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía en su condición de receptor de la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes (2008) y del Premio Nacional de Artes Plásticas (2009).

S.M.F